

XVII

Caso de conciencia

Después de haber transcrito con el metódico cuidado que le caracterizaba algunas páginas de sus ilusiones de *un paseante solitario*, Rousseau acababa de tomar un frugal almuerzo.

Aunque el señor de Girardin le había ofrecido un retiro en los deliciosos jardines de Ermenonville, Rousseau, perplejo en someterse á la esclavitud de los grandes, como decía en su misantrópica manía, seguía viviendo aun en su pequeño aposento de la calle Platriere, que ya conocemos.

Por su parte, Teresa había terminado sus quehaceres, y acababa de coger su cestita para ir al mercado. Eran las nueve de la mañana.

El ama de casa fué, según su costumbre, á preguntar á Rousseau lo que quería le dispusiese para la comida.

Rousseau salió de sus cavilaciones, levantó lentamente la cabeza, y miró á Teresa como un hombre á medio despertar.

— Lo que quieras, dijo, con tal que haya cerezas y flores.

— Veremos si no andan muy caras, dijo Teresa.

— Se entiende, contestó Rousseau.

— Porque al fin, prosiguió Teresa, no sé si lo que

estás haciendo vale algo, pero me parece que ya no te pagan tus trabajos como antes.

— Te engañas, Teresa, me los pagan lo mismo, pero me fatigo y trabajo menos, y además mi librero me está dejiendo aun medio tomo.

— Ya verás como ese quiebra también.

— Debemos esperar que no, porque es un hombre honrado.

— ¡ Un hombre honrado ! un hombre honrado !.. Con decir eso crees que no hay más que decir.

— Á lo menos he dicho mucho, replicó Rousseau sonriendo, porque no digo eso de todos.

— No es extraño, porque eres tan toseo.

— Mira, Teresa, que nos salimos de la cuestión.

— Sí, lo que quieres es que traiga cerezas, ¡ goloso ! que compre flores, ¡ sibarita !

— ¿ Qué quieres, amiga mía ? contestó Rousseau con angelical paciencia ; padezco tanto del corazón y de la cabeza que, ya que no puedo salir, á lo menos me servirá de recreo el ver un poco de lo que Dios derrama á manos llenas sobre los campos.

En efecto, Rousseau estaba pálido y entumecido, y hojeaba con perezosa mano un libro que no leía.

Teresa meneó la cabeza.

— Bueno, bueno, dijo, salgo por una hora ; acuérdate de que pongo la llave debajo de la estera, y que si la necesitas.....

— ¡ Oh ! no saldré, dijo Rousseau.

— Ya sé que no saldrás, porque no puedes tenerte en pie ; pero te lo digo para que tengas algún cuidado con los que puedan venir, y que abras si llaman ; si es que llaman está seguro que no soy yo.

— ¡ Gracias, buena Teresa, gracias ! Puedes irte.

El ama salió refunfuñando como acostumbraba ;

pero durante largo rato se oyeron todavía en la escalera sus tardíos y perezosos pasos.

Pero así que se cerró la puerta, Rousseau se aprovechó de su aislamiento para arrellanarse deliciosamente en su sillón, miró los pájaros que picoteaban en la ventana unas migas de pan, y respiró todo el sol que se filtraba por entre las chimeneas de las casas vecinas.

No bien se sintió libre su joven y rápido pensamiento, cuando abrió sus alas á la manera de los gorriones cuando terminan su alegre comida.

De repente rechinó sobre sus goznes la puerta de entrada y sacó al filósofo de su dulce soñolencia.

— ¡Cómo! dijo para sí. ¿Ya está de vuelta?... ¿Me habré dormido cuando solo creía estar meditando?

La puerta de su gabinete se abrió también lentamente.

Rousseau estaba de espaldas á esta puerta, y persuadido de que era Teresa quien entraba, ni siquiera se movió.

Hubo un momento de silencio, que luego fué interrumpido por una voz que dijo:

— Perdonad, señor.

El filósofo se estremeció al oír aquella voz, y se volvió con viveza.

— ¡Gilberto! exclamó.

— Sí, Gilberto; vuelvo á pedir os perdón, señor Rousseau.

Rousseau se quedó con la vista clavada en el joven. Efectivamente, era Gilberto, pero pálido y con el pelo desgreñado, ocultando mal bajo su vestido en completo desorden sus descarnados y trémulos miembros; Gilberto, en fin, cuyo aspecto hizo estremecer á Rousseau y le arrancó una exclamación de lástima que se parecía á inquietud.

Gilberto miraba de un modo fijo y luminoso como las aves de rapiña hambrientas, y una sonrisa de afectada timidez que en él se advertía, contrastaba con aquella mirada, lo mismo que la parte alta de la seria cabeza de un águila con la parte baja y burlona de un lobo ó un zorro.

— ¿Qué venís á hacer aquí? se apresuró á decir Rousseau, á quien no gustaba el desorden, y que en otro lo tenía por indicio de malos designios.

— Señor, respondió Gilberto, tengo hambre.

Rousseau se estremeció al oír el tono con que aquella voz profería la palabra más terrible que contiene el idioma de los hombres.

— ¿Y cómo habéis entrado aquí si la puerta estaba cerrada? preguntó.

— Señor, como sé que la señora Teresa suele poner la llave debajo de la estera, esperé á que saliese, pues no me quiere bien, y quizás se hubiera negado á verme ó á introducirme hasta vos. Entonces, sabiendo que estabais solo, subí, saqué llave del escondite y entré.

Rousseau se incorporó apoyándose en los brazos de su sillón.

— Oídme un momento, dijo Gilberto, nada más que un momento, pues os juro, señor Rousseau, que merezco que se me oiga.

— Veamos, respondió Rousseau, lleno de asombro al ver aquella figura que nada tenía de común con los sentimientos que expresa la fisonomía de la generalidad de los hombres.

— Debo empezar diciéndoos que me encuentro en un apuro tan grande, que no sé si robar, si matarme ó hacer una cosa peor.

Al oír estas palabras, Rousseau se levantó del todo,

colocándose detrás de su bufete como si fuera una muralla.

— ¡ Oh ! nada temáis, vos que sois mi maestro y bienhechor, dijo Gilberto con voz llena de dulzura, pues reflexionándolo, creo que no tendré necesidad de matarme, y que sin esto moriré, porque hace ocho días que me escapé de Trianón, y desde entonces he recorrido los bosques y las llanuras, sin comer otra cosa que legumbres verdes ó alguna fruta silvestre que he cogido en las selvas. No tengo, pues, fuerzas, y me estoy cayendo de fatiga é inanición. En cuanto á robar, no lo intentaré en vuestra casa, porque la quiero demasiado, señor Rousseau, y para realizar lo otro.....

— Y bien, dijo Rousseau.

— Necesitaria una resolución que vengo á buscar aquí.

— ¿ Estáis loco ? exclamó Rousseau.

— No, señor, pero soy muy desgraciado, estoy desesperado, y esta mañana me hubiera tirado al Sena, si no me hubiese ocurrido una reflexión.

— ¿ Y cuál es ?

— Que vos habéis escrito : « El suicidio es un robo hecho al género humano. »

Rousseau miró al joven como para decirle :

— ¿ Y tenéis el amor propio de creer que al escribir eso pensaba en vos ?

— ¡ Oh ! comprendo, murmuró Gilberto.

— Creo que no, dijo Rousseau.

— Queréis decir : ¿ Sería por ventura un acontecimiento la muerte de un hombre tan miserable como vos, que no sois nada, que nada poseéis y no tenéis vínculo alguno de ninguna clase ?

— No se trata de eso, dijo Rousseau abochornado de que adivinasen su pensamiento; pero creo que teníais hambre.

— Sí, ya lo he dicho.

— Pues bien; ya que sabéis dónde está la puerta, también debéis saber dónde está el pan; id á la despensa, tomad pan y marchaos.

Gilberto no se movió.

— Si lo que necesitáis no es pan, sino dinero, no os creo tan malvado que maltratéis á un anciano que fué vuestro protector, en la misma casa en que os dió asilo. De consiguiente contentaos con poco... Tomad. Y registrándose el bolsillo, le presentó algunas monedas.

— ¡ Oh ! no se trata de dinero ni de pan, dijo Gilberto con dotor agudo; vos no habéis comprendido lo que yo quería decir cuando hablaba de matarme. Si no me mato, es porque mi vida puede quizás ser útil á alguno, y mi muerte sería un robo para alguien, señor. Vos que conocéis todas las leyes sociales, todas las obligaciones que impone la naturaleza, decidme si hay en el mundo un lazo que pueda sujetar á la vida a un hombre que quiere morir.

— Hay muchos, respondió Rousseau.

— ¿ Es uno de ellos el ser padre ? murmuró Gilberto. Miradme al responder, señor Rousseau, para que yo vea la respuesta en vuestros ojos.

— Sí, dijo Rousseau balbuceando; sí, ciertamente. ¿ Á qué viene esa pregunta de tu parte ?

— Señor, vuestras palabras van á ser una sentencia para mí, dijo Gilberto; de consiguiente pesadlas bien, os lo ruego. Soy tan desgraciado que quisiera matarme; pero... pero ¡ tengo un hijo !...

Rousseau dió un salto de asombro en su sillón.

— ¡ Oh ! no os burléis de mí, señor, dijo Gilberto con humildad, pues creeríais que sólo arañabais mi corazón, y os aseguro que lo traspasaríais como con un puñal; os repito que tengo un hijo.

Rousseau le miró sin responderle.

— A no ser por esto ya habría puesto término á mi existencia, prosiguió Gilberto; y en esta alternativa, he creído que me daríais un buen consejo, y he venido á pedirlo.

— Pero ¿ por qué he de tener que daros consejos ? ¿ Acaso me los habéis pedido cuando cometisteis la falta ? preguntó Rousseau.

— Señor, esa falta...

Y Gilberto se acercó á Rousseau con una expresión extraña.

— Y bien, ¿ qué ? dijo Rousseau.

— La tienen por un delito algunas gentes, prosiguió Gilberto.

— ¡ Por un delito ! entonces esa es una razón más para que no me habléis de ello. ¡ Yo soy un hombre como vos y no un confesor ! Por otra parte, lo que me estáis diciendo no me admira, pues siempre he previsto que pararíais en mal, porque tenéis muy mala índole.

— No, señor, respondió Gilberto meneando la cabeza melancólicamente; no, señor; os equivocáis; lo que tengo es una inteligencia falsa, ó más bien falseada; he leído muchas obras que predicán la igualdad de las castas, el orgullo del alma, la nobleza de los instintos, y esas obras, señor, estaban firmadas con nombres tan ilustres, que un pobre campesino como yo ha podido muy bien extraviarse... Me he perdido.

— ¡ Ah ! ah ! veo adónde queréis venir á parar, señor Gilberto.

— ¿ Yo ?

— Sí; estáis acusando mi doctrina; pero ¿ no tenéis el libre albedrío ?

— Yo no acuso, señor; sólo digo que he leído; lo que acuso es mi credulidad; creí y he prevaricado;

pero mi extravío nace de dos causas; vos sois la primera, y por eso recorro á vos antes que á nadie; luego me dirigiré á la segunda causa, pero lo haré á su vez y cuando sea tiempo.

— En fin, veamos, ¿ qué es lo que queréis ?

— Ni beneficios, ni asilo, ni pan siquiera, aunque me hallo abandonado, desnudo y hambriento; no, lo que os pido es un apoyo moral, una sanción de vuestra doctrina; os pido que me devolváis con una palabra mis fuerzas que están despedazadas en mis brazos y piernas, no por la inanición sino por la duda que se ha apoderado de mi alma. Os conjuro, pues, señor Rousseau, á que me digáis si lo que experimento de ocho días á esta parte es el dolor causado por el hambre en los músculos de mi estómago, ó si es el martirio de los remordimientos en los órganos de mi mente. He engendrado un hijo, señor, cometiendo un crimen. Ahora bien, decidme: ¿ debo arrancarme los cabellos como un desesperado y revolcarme por el suelo gritando: Perdon ? ¿ ó debo reirme como la mujer de la Escritura, diciendo: He hecho lo que hacen los demás; si hay entre vosotros un hombre que sea mejor que yo, que me arroje la primera piedra ? En una palabra, señor Rousseau, vos, que habéis debido experimentar lo que yo experimento, responded á esta pregunta: ¿ Es natural que un padre abandone á su hijo !

Apenas había pronunciado Gilberto estas palabras, cuando Rousseau se puso aun más pálido que aquél lo estaba, y perdiendo absolutamente la serenidad:

— ¿ Con qué derecho me habláis así ? dijo tartamudeando.

— Porque hallándome en vuestra casa, señor Rousseau, en la buhardilla donde me disteis hospitalidad, he leído lo que habéis escrito sobre este particular; porque declararíais que los hijos que nacen en la mise-

ria son del Estado y éste debe cuidar de ellos; porque, en fin, siempre os habéis tenido por hombre de bien, aunque abandonasteis á los hijos que os dió Dios.

— ¡Desventurado! dijo Rousseau, ¿has leído mi libro y vienes á dirigirme semejante lenguaje?

— ¿Por qué no?

— Porque eres una mala cabeza y tienes un corazón perverso.

— ¡Señor Rousseau!

— ¡Has leído mal mis libros como lees mal también en la vida humana! sólo has visto la superficie de las hojas, lo mismo que sólo ves la del rostro! ¡Ah! crees que me haces partícipe de tu delito citándome las obras que he compuesto, y diciéndome: « Vos confesáis que habéis hecho esto, y de consiguiente también puedo yo hacerlo. » Pero lo que no sabes, desventurado; lo que no has leído en mis obras; lo que no has adivinado, es que la vida entera de aquel á quien tomabas por modelo, esa vida de miseria y sufrimientos podía cambiarla por una existencia regalada, voluptuosa y llena de fausto y placer. ¿Tengo yo menos talento que Voltaire? ¿no podía escribir tanto como él? Si me aplicara menos que lo hago, ¿no podía vender mis obras tan caras como él vende las suyas, y obligar al dinero á que anduviese rodando por mi cofre, teniendo siempre á disposición de mis librerros un baúl medio lleno? ¿No sabes que el oro llama al oro? También hubiera tenido un palacio, magníficos caballos, un carruaje para pasear á una querida joven y hermosa, sin que ese lujo, puedes creerlo, hubiera agotado en mí el raudal de la poesía. Dime, ¿no tengo yo pasiones? Mira bien mis ojos, que, á sesenta años que cuento ya, despiden aun el brillo de la juventud y el deseo: tú que has leído ó copiado mis libros, ¿no te acuerdas que á pesar de que mi

vida va declinando y de que sufro males de gravedad, parece que mi corazón, siempre joven, ha heredado para sufrir mejor todas las fuerzas del resto de mi organización? Agobiado de achaques que me impiden andar, me siento con más vigor y más vida para absorber el dolor, que tuve nunca en la flor de mi edad para acoger las escasas felicidades que me ha concedido Dios.

— Sé todo eso, señor, dijo Gilberto; os he visto de cerca y os he conocido.

— Pues entonces, si me has visto de cerca, si me has conocido, ¿no tiene para ti mi vida una significación que no tiene para los demás? ¿Esta abnegación extraña, que no es propia de mi índole, no te dice que he querido expiar?

— ¿Expiar? murmuró Gilberto.

— ¿No has comprendido, siguió diciendo el filósofo, que obligado por esta miseria á tomar una determinación excesiva, no encontré en seguida otra disculpa que dar á esta misma determinación sin perseverar en el desinterés y la pobreza? ¿No has conocido que he castigado mi espíritu con la humillación? Porque mi espíritu era principalmente el culpable; mi espíritu, que había recurrido á paradojas para justificarse, mientras que, por otra parte, castigaba mi corazón perpetuando el remordimiento.

— ¡Ah! exclamó Gilberto, así es como me respondéis! Así es como vosotros los filósofos, que escribís preceptos para el género humano, os sumergís en la desesperación, condenándonos si os enfadamos! ¿Y qué me importa á mí vuestra humillación, si nadie la sabe, vuestro remordimiento, si permanece oculto? ¡Oh! desgraciado de vos! ¡Ojalá recaigan sobre vos los crímenes cometidos en vuestro nombre!

— ¿Por qué no decís que recaigan sobre mí la mal-

dición y el castigo ? ; Oh ! ; eso sería demasiado ! ; Y vos que habéis pecado lo mismo que yo, os condenáis con la misma severidad que yo ?

— Con más rigor aun, dijo Gilberto, pues mi castigo será terrible; ahora que no tengo fe en nada, dejaré que me mate mi contrario, ó más bien mi enemigo; suicidio que me aconseja mi miseria y me perdona mi conciencia; desde ahora mi muerte no es un robo hecho á la humanidad, y vos habéis escrito una frase en cuya verdad no creíais.

— ¡ Detente, infeliz, dijo Rousseau, detente ! ; no te has hecho bastante daño con tu imbécil credulidad, que así quieres aumentarlo con el estúpido escepticismo ? ; No me has hablado de un hijo, no me has dicho que eres ó que vas á ser padre ?

— Sí, lo he dicho, repitió Gilberto.

— ¿ Y sabes tú lo que es, murmuró Rousseau en voz baja, arrastrar consigo, no á la muerte, sino á la vergüenza, á unas criaturas que han nacido para respirar el aire libre y puro de la virtud con que Dios dota á todos los hombres al salir del seno de su madre ? Oye cuán horrible es mi situación : cuando abandoné á mis hijos comprendí que la sociedad, á quien ofende cualquier clase de superioridad, iba á arrojarme á la cara esta injuria como una reconvencción infamante, y entonces me justifiqué con paradojas; entonces empleé diez años de mi vida en dar consejos á las madres sobre la educación de sus hijos, yo que no había sabido ser padre, y á la patria sobre el modo de formar ciudadanos fuertes y honrados, yo que había sido un hombre débil y corrompido. Después llegó un día en que, no pudiendo apoderarse de mí el verdugo que venga á la sociedad, á la patria y al huérfano, se apoderó de mi libro y lo quemó, porque ese libro deshonoraba al país, cuyo aire había apestado. Escoge, adi-

vina y juzga : ¿ hice bien en obrar de aquel modo ? ¿ Hice mal en dar aquellos preceptos ? Veo que no respondes; Dios mismo se vería apurado para ello; Dios que tiene en su mano la balanza inflexible de lo justo y lo injusto. Pues bien, yo tengo un corazón que resuelve la cuestión, y este corazón me dice, acá en el fondo de mi pecho : « ¡ Infeliz de ti, padre desnaturalizado, que has abandonado á tus hijos; infeliz de ti si te encuentras con una joven prostituta que se ríe impudicamente por las noches en algún rincón de una encrucijada, pues quizá sea la hija á quien abandonaste y que el hambre conduce á la infamia ! infeliz de ti si te encuentras en la calle con un ladrón á quien han preso, abochornado aun de haber cometido un hurto ! pues quizá sea el hijo á quien abandonaste y que el hambre ha conducido á cometer un delito ! »

Diciendo estas palabras, Rousseau, que se había levantado, volvió á caer en su sillón.

— Y sin embargo, siguió diciendo con voz que parecía una súplica, yo no he sido tan culpable como pudiera creerse, pues al ver que una madre sin entrañas, cómplice mía á medias, olvidaba á sus hijos, como hacen los animales, me dije á mí mismo : « Cuando Dios ha permitido que una madre olvide, será porque debe olvidar. » Pues bien, me equivoqué en aquel momento; y hoy, que me has oído decir lo que jamás he dicho á nadie, no tienes derecho para seguir en tu error.

— ¿ Conque, preguntó el joven arrugando el entrecejo, si hubieseis tenido dinero para mantener á vuestros hijos, no los hubierais abandonado ?

— Si hubiese tenido nada más que lo estrictamente necesario, no, nunca, lo juro.

Y Rousseau extendió con solemnidad la mano hacia el cielo.

— ¿Son bastantes 20,000 libras, preguntó Gilberto, para mantener á un hijo?

— Sí, dijo Rousseau.

— Bien, dijo Gilberto; gracias, señor, ahora ya sé lo que me queda que hacer.

— Y en todo caso, siendo como sois joven, con vuestro trabajo podréis mantener á vuestro hijo, dijo Rousseau. Pero ahora me acuerdo que habéis hablado de crimen: ¿os buscan, os persiguen quizá?

— Sí, señor.

— Pues bien, ocultaos aquí, hijo mío, porque la buhardilla continúa desocupada.

— Sois un hombre á quien quiero bien, maestro, y la oferta que me hacéis me colma de júbilo: efectivamente, sólo os pido un asilo, pues en cuanto á mi sustento yo me lo ganaré, porque ya sabéis que no soy perezoso.

— Pues bien, dijo Rousseau con aire inquieto: si estamos convenidos, subid allá arriba, no os vea aquí mi señora. Como desde que os marchasteis nada encerramos en la buhardilla, la señora nunca sube á ella, y aun está allí vuestro jergón; arreglaos pues del mejor modo posible.

— Gracias, señor; de ese modo seré más feliz que lo que yo merezco.

— ¿No deseáis ninguna otra cosa? preguntó Rousseau empujando con la vista á Gilberto fuera del cuarto.

— No, señor; pero tened á bien oír dos palabras.

— Decid.

— En Luciennes me acusasteis un día de haberos hecho traición; yo no os hacía traición; lo único que hacía era seguir á mi amada.

— No hablemos más de eso: ¿era todo lo que teniais que decirme?

— Sí; y ahora, señor Rousseau, decidme, cuando

uno no sabe las señas de alguna persona en París, ¿puede proporcionárselas?

— Sin duda, si la persona es conocida.

— La que yo quiero buscar lo es mucho.

— ¿Cómo se llama?

— El conde José Bálsamo.

Rousseau se estremeció, pues tenía presente la sesión de la calle Platriere.

— ¿Para qué buscáis á ese hombre? preguntó.

— Para una cosa muy sencilla. Os había acusado, á vos que sois mi maestro, de haber sido moralmente causa de mi crimen, puesto que creía no haber hecho más que obedecer á la ley natural.

— ¿Y os he desengañado? exclamó Rousseau.

— Á lo menos me habéis ilustrado.

— Y bien; ¿qué es lo que queréis decir?

— Que mi crimen no sólo ha tenido una causa moral, sino una causa física.

— Y ese conde de Bálsamo es la causa física, ¿no es verdad?

— Sí, he copiado ejemplos, he aprovechado una ocasión, y en ello reconozco ahora que he obrado como un animal salvaje, y no como un hombre. El ejemplo sois vos; la ocasión me la proporcionó el conde de Bálsamo. ¿Sabéis dónde vive?

— Sí.

— Entonces dadme las señas.

— Calle de San Claudio en el Marais.

— Gracias; voy á verlo ahora mismo.

— ¡Tened cuidado, hijo mío! exclamó Rousseau deteniéndole; porque es un hombre muy poderoso y profundo.

— No temáis nada, señor Rousseau; estoy resuelto y vos me habéis enseñado á dominarme.

— ¡Pronto, pronto, idos arriba! exclamó Rous-

seau; pues oigo cerrar la puerta del portal, y debe ser mi señora que está de vuelta; ocultaos en la buhardilla hasta que esté aquí, y entonces saldréis.

— Tened la bondad de darme la llave.

— Está colgada en la cocina, como de costumbre.

— ¡Adiós, señor, adiós!

— Tomad pan, y ya os prepararé trabajo para esta noche.

— Gracias.

Y Gilberto se escabulló con tanta ligereza, que estaba ya en su buhardilla antes que Teresa hubiese subido el primer piso.

Provisto de las preciosas señas que le había dado Rousseau, Gilberto no tardó mucho tiempo en poner por obra su proyecto.

En efecto, apenas cerró Teresa la puerta de su cuarto, el joven, que desde su buhardilla estaba acechando todos sus movimientos, bajó la escalera con tanta rapidez como si no estuviera debilitado por un largo ayuno. Tenía la cabeza henchida de ideas de esperanza y de rencor, y detrás de todo esto coimbraba una sombra vengadora que le aguijoneaba con sus quejas y acusaciones.

Así es que llegó á la calle de San Claudio en un estado difícil de describir.

Cuando entró en el patio de aquel palacio, Bálamo salía á acompañar hasta la puerta al cardenal de Rohán, que había ido á ver á su generoso alquimista por un deber de atención.

Ahora bien, cuando el príncipe salió, parándose por última vez para dar de nuevo las gracias á Bálamo, el pobre muchache cubierto de harapos se deslizó como un perro, no atreviéndose á mirar á su alrededor por miedo de deslumbrarse.

La carroza del príncipe Luis le aguardaba en el

baluarte, y el prelado atravesó con velocidad el espacio que le separaba de su coche, el cual arrancó rápidamente así que se cerró la portezuela.

Bálamo le miró de un modo melancólico, y cuando el carruaje desapareció se volvió hacia la gradería de piedra.

Allí se hallaba una especie de mendigo en ademán suplicante.

Bálamo se encaminó á él, y aunque no desplegó los labios, su expresiva mirada era interrogante.

— Concededme un cuarto do hora de audiencia, señor conde, dijo el joven cubierto de harapos.

— ¿Quién sois, mi amigo? preguntó Bálamo con suprema dulzura.

— ¿No me conocéis? preguntó Gilberto.

— No, pero no importa, venid conmigo, contestó Bálamo sin cuidarse del extraño semblante de aquel joven, ni de sus vestidos, ni de su importunidad.

Y andando delante de él lo condujo á la primera sala, donde se sentó, sin mudar de tono ni de aspecto.

— ¿Me preguntabais que si os conozco? dijo.

— Efectivamente, señor conde.

— Me parece que os he visto en alguna parte.

— En Taverney, caballero, cuando llegasteis allí la víspera del día en que pasó la Delfina.

— ¿Y qué hacíais en Taverney?

— Vivía allí.

— ¿Erais criado de la familia?

— No, comensal.

— ¿Y habéis dejado á Taverney?

— Sí, señor, va á hacer tres años.

— ¿Y habéis venido?.....

— Á París, donde al principio estudié en casa del señor Rousseau, y después fui colocado en los jardines

de Trianón en clase de aprendiz de jardinero y florista por mediación del señor de Jussieu.

— Amigo, me citáis nombres excelentes; ¿y qué queréis?

— Voy á decíroslo.

Y haciendo una pausa, dirigió á Bálamo una mirada que no carecía de firmeza.

— ¿Os acordáis, siguió diciendo, de que el viernes hará seis semanas fuisteis á Trianón una noche que hizo una gran tormenta?

Bálamo estaba serio, pero se puso sombrío.

— Sí, me acuerdo, dijo; ¿me visteis por casualidad?

— Os ví.

— ¿Entonces vendréis á que os pague, porque guardéis el secreto? dijo Bálamo con tono amenazador.

— No, caballero, porque yo tengo mas interés que vos en guardar ese secreto.

— ¿Sois, pues, uno que se llama Gilberto? dijo Bálamo.

— En efecto, señor conde.

Bálamo envolvió con su profunda y devoradora mirada al joven cuyo nombre llevaba consigo una acusación tan terrible.

Y él, que tanto conocía á los hombres, se sorprendió al ver la serenidad de su rostro y la dignidad de sus palabras.

Gilberto se había colocado delante de una mesa sin apoyarse en ella, y mientras ocultaba en el pecho una de sus manos afiladas y aun blancas, á pesar de estar acostumbradas á los trabajos campestres, la otra colgaba á su lado con gracia.

— En vuestra serenidad conozco, dijo Bálamo, lo que venís á hacer aquí: sabéis que la señorita de Taverney ha lanzado contra vos una delación terrible

con el auxilio de la ciencia que la ha obligado á decir la verdad, y venís á reconvenirme por este testimonio, ¿no es verdad? ¿por esa evocación de un secreto que, á no ser por mí, hubiera permanecido sepultado en las tinieblas como en un sepulcro?

Gilberto se contentó con mover la cabeza.

— Haríais mal sin embargo, continuó Bálamo, pues suponiendo que yo hubiera querido delataros sin que me obligase á ello mi propio interés, puesto que á mí se me acusaba; suponiendo que yo os hubiera tratado como á un enemigo, y que os hubiera atacado mientras me contentaba con defenderme; aun suponiendo, digo, todo esto, no tenéis derecho para decir nada, porque verdaderamente habéis cometido una acción infame.

Gilberto se clavó las uñas en el pecho, pero nada contestó.

— El hermano os perseguirá, y la hermana os mandará matar, prosiguió Bálamo, si tenéis la imprudencia de andar paseándoos por las calles de París.

— ¡Oh! en cuanto á eso poco me importa, dijo Gilberto.

— ¿Cómo que os importa poco?

— Sí; amaba á la señorita de Taverney, la amaba como nadie la amará en el mundo; pero me despreció, á mí que la miraba con tanto respeto; á mí, que dos veces la había tenido ya en mis brazos sin atreverme siquiera á acercar mis labios á la orla de su vestido.

— Sí, y la habéis hecho pagar caro ese respeto; os habéis vengado de sus desprecios, ¿por qué medio? Por medio de una felonía.

— ¡Oh! no, no, la felonía no nace de mí, pues me han proporcionado la ocasión de cometer el crimen.

— ¿Y quién os la ha proporcionado?

— Vos.

Bálsamo se incorporó como si le hubiera picado una víbora.

— ¡ Yo ! exclamó.

— Sí, señor, vos, replicó Gilberto; caballero, vos adormecisteis á la señorita Andrea, y después os marchasteis á escape; á medida que os alejabais, le iban flaqueando las piernas, hasta que por último cayó por tierra. Entonces la cogí en mis brazos para conducirla á su aposento; sentí el contacto de su carne... ¡ un mármol se hubiera animado !... Yo, que la adoraba, cedí al amor. ¡ Soy, pues, tan criminal como dicen, caballero ? Os lo pregunto á vos que sois la causa de mi desgracia.

Bálsamo clavó en Gilberto una mirada llena de tristeza y compasión, y dijo :

— Tienes razón, joven ; yo soy la causa de tu crimen y del infortunio de esa señorita.

— Y en vez de poner remedio, vos que sois un hombre tan poderoso y que debierais ser tan bueno, habéis agravado la desgracia de la joven y suspendido la muerte sobre la cabeza del culpable.

— Verdad es, replicó Bálsamo, y hablas con acierto. Pero mira, de algún tiempo acá yo soy una criatura maldita, y todos mis designios toman al salir de mi cerebro formas amenazadoras y nocivas : esto proviene de desgracias que yo mismo he sufrido y que tú no comprendes. Sin embargo, esta no es una razón para que yo haga sufrir á los demás. Veamos. ¿ qué es lo que quieres ?

— Os pido el medio de repararlo todo, señor conde, lo mismo el delito que el mal que he hecho.

— ¿ Amas á esa joven ?

— ¡ Oh ! sí !

— Hay muchas especies de amor, ¿ de cuál es el tuyo ?

— Antes de poseerla la amaba con delirio ; hoy la amo con remordimiento, con furor. Me moriría de dolor si ella me recibiese con cólera, y de alegría si me permitiese besarle los pies.

— Es una señorita noble, pero pobre, dijo Bálsamo reflexionando.

— Sí.

— Sin embargo, su hermano es un hombre de corazón á quien creo poco encaprichado con el vano privilegio de la nobleza. ¿ Qué sucedería si la pidieses á su hermano en matrimonio ?

— Me mataría, respondió Gilberto con frialdad. Sin embargo, como más bien deseo la muerte que la temo, si me aconsejáis que dé ese paso lo daré.

Bálsamo se puso á reflexionar.

— Eres hombre de espíritu, dijo ; y hasta se diría que de corazón, á pesar de que tus acciones sean verdaderamente criminales. Pues bien ; ve en busca, no de Felipe de Taverny, sino del barón su padre, y dile, [atiende bien, dile que el día que te permita casarte con su hija, llevarás una dote á la señorita Andrea.

— Yo no puedo decir eso, señor conde, porque nada tengo.

— Pues yo digo que le llevarás en dote 100,000 escudos que te daré para reparar la desgracia y el crimen, como decías hace poco.

— No me creará, porque sabe que soy pobre.

— Pues bien ; si no te cree, le enseñarás estos billetes de Banco, y viéndolos te creará.

Y diciendo estas palabras, Bálsamo abrió la gaveta de una mesa y contó treinta billetes de á diez mil libras, y los entregó á Gilberto.

— ¿ Y es dinero esto ? preguntó el joven.

— Lee.

Gilberto dirigió con ansia una mirada al lío de papeles que tenía en la mano, y conoció que era verdad lo que decía Bálamo.

En sus ojos brilló la alegría.

— ¿Será posible?... exclamó. Pero no, ¡ semejante generosidad sería demasiado subliime!

— Eres desconfiado, dijo Bálamo, tienes razón; pero acostúmbrate á saber de quién debes desconfiar. Toma esos cien mil escudos y vé á casa del señor de Taverney.

— Caballero, dijo Gilberto, mientras que semejante cantidad se me dé simplemente de palabra, no creeré en la realidad de este regalo.

Bálamo cogió una pluma y escribió:

« Doy en dote á Gilberto el día en que firme su contrato matrimonial con la señorita Andrea de Taverney la cantidad de cien mil escudos, que le he entregado adelantados en la esperanza de una negociación venturosa.

« JOSÉ BÁLSAMO. »

— Toma este papel, véte y no dudes.

Gilberto recibió el papel con mano trémula.

— Caballero, dijo, como llegue á deberos semejante felicidad, vos seréis el diós á quien adoraré en la tierra.

— Sólo hay un Dios á quien es preciso adorar, respondió Bálamo con voz grave, y ese Dios no soy yo, amigo mío.

— Voy á pedir os otro favor, y será el último, caballero.

— ¿Cuál es?

— Que me deis cincuenta libras.

— ¿ Me pides cincuenta libras y tienes en tu mano trescientas mil?

— Estas trescientas mil libras no serán mías, dijo Gilberto, hasta que la señorita Andrea consienta en ser mi esposa.

— ¿ Y qué vas á hacer con esas cincuenta libras?

— Voy á comprar un traje decente con que poderme presentar en casa del barón.

— Toma, amigo mío, aquí las tienes, dijo Bálamo.

Y le dió las cincuenta libras que deseaba.

En seguida despidió á Gilberto con un signo de cabeza, y se dirigió á los aposentos interiores con paso lento y triste.